

CAPITULO XVIII.

Asalto en despoblado.

Era la noche del Viérnes Santo.

El cielo estaba oscuro como si se vistiese de duelo por la muerte del Salvador.

Negros nubarrones, extendiéndose por la elevada bóveda, velaban la luz de las estrellas, como un negro crespon que enlutaba la naturaleza entera.

El trueno y el relámpago se sucedían de continuo, y el agua empezaba á caer en gruesas y abundantes gotas.

La gente que habia concurrido á la fiesta de Culucan, se habia retirado á sus casas y á sus pueblos, y el silencio mas profundo reinaba por todas partes.

Las ventanas y balcones de los edificios del lugar, así como las puertas de las humildes chozas de los indios estaban cerradas.

El mundo parecia envuelto en las sombras.

En medio de tanta oscuridad, un hombre, vestido de levita, marchaba á pié y solo por el desierto camino que conducia de la hacienda de C.... al pueblo de Culucan.

No envolvía su cuerpo ni frazada, ni capote que le defendiese de la lluvia, ni llevaba armas para hacerse respetar en caso de que algun malhechor le saliese al paso.

Su marcha, que al principio habia sido lenta, fué mas veloz cuando la lluvia empezó á caer con fuerza, y dirigió la vista á su derredor, para ver si descubria algun sitio donde guarecerse.

Pero sus ojos nada vieron.

En todo el inmenso campo que le rodeaba no habia ni una casa, ni una choza, ni un árbol corpulento, debajo de cuya copa pudiera resguardarse del agua.

Entonces apretó el paso en dirección á Culuacon; pero la tempestad crecía por instantes y apenas encontraba punto donde colocar el pié que no presentase el aspecto de un río.

Empapado, lleno de fatiga y aterido de frío por el helado viento que le daba de cara, iba á sentarse desesperado debajo de las anchas hojas de un maguey, que por casualidad crecía á un lado del camino, cuando alcanzó á descubrir, á favor de un relámpago, y á distancia ya de pocas varas, las paredes de una choza de adobes.

Reanimado con aquel hallazgo, continuó su penosa marcha, y pronto llegó al sitio deseado.

La choza tenía dos piezas, y estaba en ruinas y abandonada.

Las delgadas y carcomidas paredes de adobe, se veían llenas de grandes agujeros por donde entraba el viento frío, unido con el agua que arrastraba consigo.

Los techos de esta arruinada choza estaban completamente destruidos; pero sobre unas secas y gruesas ramas de árboles que

cruzaban de una pared á otra, descansando en los agujeros, se extendían algunos viejos petates debajo de ligeros adobes que servían de techo, y que sin duda habían sido puestos para defenderse del agua y del sol, por algunos indios de los que suelen frecuentar aquel camino.

Pero miserable y destruida como estaba la choza, á nuestro viajero le pareció en aquel momento un suntuoso palacio.

Allí, al menos, podía descansar sentado sobre una piedra que estaba arrimada á un ángulo de la pieza en que él había entrado, y esperar, sin mojarse, á que cesase la tempestad que crecía por instantes.

Nuestro viajero miró por los agujeros del cuarto en que se hallaba, el interior del contiguo, para ver si algo descubría; pero á la luz de los continuos relámpagos que entraban por las aberturas, solo vió una pieza igual en un todo á la que él ocupaba, y abandonada también.

Triste de verse solo en aquel solitario lugar, y notando que el huracán, en vez de ceder iba en aumento, se quitó la levita, que

la tenia empapada, se cubrió con ella lo mejor que pudo, y volviéndose á sentar sobre la piedra que servia de banco, trató de llamar al sueño en su ayuda para hacer que el tiempo se pasara con mas velocidad.

Pero su empeño fué inútil.

El sitio ni las circunstancias eran á propósito para conseguirlo.

Sin embargo, él, tapada la cabeza con la levita, y cerrando los ojos, hacia todo lo posible para descansar.

De repente un ruido notable, que se unió á un horrendo trueno, le hizo abrir los ojos, se destapó la cabeza, y aplicó el oido.

Entonces percibió claramente el galópe de algunos caballos que se acercaban.

Poco despues los caballos cesaron de galopar, y se detenian á la puerta de la choza que él ocupaba, y escuchó claramente las voces de varios hombres que desmontaban de los corceles y que penetraban en la pieza contigua.

—Esto, por lo que veo—dijo uno de los ginetes—está deshabitado.

—Sin duda;—agregó otro;—y hay una

pieza al lado de ésta donde podemos dejar los caballos.

—Sí; voy á llevarlos yo:—dijo un tercero;—y así estaremos con mas comodidad en esta pieza mientras llega el momento de dar el golpe.

El hombre que estaba en el cuarto inmediato, se sobresaltó al sospechar que se hallaba junto á unos bandidos.

—Pero ¿pasarán por aquí?

Preguntó la voz de un cuarto personaje.
—Estoy seguro de ello: se lo oí decir á la misma Luz que estaba hablando con Rafael, y cuya conversacion pude escuchar detras de ellos, confundido entre el gentío.

Al oir el nombre de Luz, el individuo que vimos guarecerse al principio en aquel sitio, se levantó de su asiento, se acercó sin hacer el mas ligero ruido á la pared, y asomando con cuidado la cabeza por uno de los agujeros que daban á la pieza contigua, procuró ver á los que hablaban.

Un relámpago que iluminó á poco la estancia, le hizo ver cuatro hombres, pero cuyos rostros le fué imposible descubrir por-

que los llevaban cubiertos con ligeras caretas de tafetan negro.

Un *jorongo*, con una abertura en medio, llamada *bocamanga*, para meter la cabeza por ella, y que descansa aquel sobre los hombros, á manera de casulla, cubria el resto del traje que le fué imposible descubrir al que observaba.

Sin embargo, por lo que habia oido y por la circunstancia de ir enmascarados, conoció que aquellos hombres intentaban algo contra la jóven cuyo nombre habian pronunciado; y notando que iban á continuar hablando, aplicó de nuevo el oido para escuchar la conversacion.

—Seria chasco que despues de habernos mojado en grande y de haber corrido tanto, se le antojase á nuestra cara Dulceina quedarse en Culuaean por temor á la tempestad.

—No ha de suceder eso. El coche en que han de pasar por aquí para ir á la hacienda de C.... tiene cuatro excelentes mulas, y estoy cierto de que en cuanto calme un poquito el chubasco, los veremos venir, bien

agenos de pensar lo que les tenemos preparado.

—¿Pero ni Luz ni Rafael, ni ninguno de la familia vió á vdes. en Culuaean?

—Ninguno.

—Porque entonces hubiera sido inútil el haber venido á caballo rodeando tanto.

—Se supone; y por lo mismo anduvimos con precaucion: no, no hay cuidado: la prensa es segura.

—¡Oh....! ¡con qué impaciencia espero ese instante....!—exclamó Willey, que era el que hacia cabeza entre ellos; pero cuyo nombre habia dado órden de no pronunciar:—¡Luz...! ¡la hermosa Luz, la mujer soberbia y altiva, va á estar, dentro de breves instantes, en mi poder.... en mis brazos....!

—Lo que espero le hará poquísima gracia á su novio Rafael.—Dijo el que tenia de las riendas á los caballos.—Pero voy á llevar á estos animales á la pieza inmediata.

El hombre que habia estado escuchando, temiendo que le descubrieran y le hiciesen algo porque habia oido la conversacion, al ver que se encaminaba con los caballos há-

cia la pieza en que estaba el que tenia los corceles de las riendas, subió á uno de los agujeros, y saltó al campo antes de que entrase á la pieza el individuo que conducia á los animales.

Despues de dejarlos y de atravesar en la puerta un palo para que no pudiesen salir, volvió á reunirse con sus tres compañeros.

El hombre que lo habia observado todo desde afuera de la choza, y arrimado á la agujerada pared, volvió á acercarse al sitio en que se hallaban los cuatro, y á escuchar cuanto hablasen.

—¿Están bien los caballos?

Le preguntaron al entrar al que los habia llevado.

—Perfectamente: debajo de techo.

—¿Y las armas las dejó vd. bien cubiertas?

—Están bien aseguradas en las sillas de los caballos, y tapadas á mi satisfaccion.

—Sí; es preciso cuidarlas mucho, porque sin ellas nada podriamos hacer, pues estoy seguro de que Rafel vendrá armado y que opondrá resistencia.

—Como que los enamorados se vuelven fieras cuando se trata de quitarles la novia.

El hombre que escuchaba y que no hacia ya caso de la lluvia, dejó brillar en su semblante la mas intensa alegría.

Su entumecido cuerpo pareció recobrar todo su calor y su energía, y deslizándose sin hacer el mas leve ruido, llegó á la pieza contigua, saltó por un agujero á ella: se acercó á los caballos: se apoderó poco á poco de las pistolas y espadas que se hallaban colocadas en sus sillas: las sacó con el mayor sigilo, unas despues de otras: las colocó detras de la choza y ocultas entre unos yerbajos que rodeaban las ruinas, volvió á poner atravesada la entrada de la puerta con el largo palo que habia quitado para entrar y salir con libertad: se dirigió luego al sitio en que puso las armas; tomó un par de pistolas, y cubriéndolas con la levita para que no se mojaseu las llaves, se colocó detras de la pared, y siguió escuchando la conversacion de los desarmados y confiados ginetes.

Un instante despues se oyó á lo léjos la

voz de un cochero que animaba á las mulas con sus gritos, y el ruido de un coche que se acercaba.

—Ya están ahí los que esperábamos.

Dijo uno poniéndose en pié en el instante, lo mismo que sus compañeros.

—Pues á caballo sin demora.

Añadió Willey brillando sus ojos de alegría detras de la careta.

Y todos corrieron á la pieza en que estaban los caballos, y montaron en ellos.

El hombre que se habia apoderado de todas las armas, preparó sus dos pistolas, y esperó detras de la casa á ver el giro que tomaba la escena.

El coche entre tanto se aproximaba lentamente.

El agua caia con igual fuerza.

Los ginetes, quietos en sus caballos, sin pronunciar una sola palabra para no ser oidos, y colocados detras de la choza por cuyos agujeros observaban el carruaje, esperaban el momento á propósito para caer sobre él de improviso cuando se hallase inmediato á las ruinas.

Poco tuvieron que esperar.

El coche, á los cuatro minutos, se encontraba á diez varas de distancia.

—Señores—dijo Willey—pistola en mano y á rodear el carruaje.

Todos fueron á tomar el arma; pero se sorprendieron al ver que nadie tenia ni pistolas ni espada.

—¡Traicion!...—gritó uno de ellos.—
¡Nos han desarmado!

—En efecto.

Exclamaron los demas á un tiempo.

—Tal vez colocó vd. las armas en el suelo.

Dijo Willey al que habia llevado los caballos á la pieza contigua de la que los ginetes habian ocupado.

—Estoy seguro de que no.

—¿Ni habia nadie en la pieza?

—Nadie.

—Es cosa particular.

—Sin embargo, iré á ver si por casualidad se cayeron al suelo.

—No, ya no hay tiempo para eso, porque el coche está aquí:—dijo Willey:—nos so-

bra con los puñales: ¡á ellos, pués, que no hay tiempo que perder!

Y sacando de debajo del *zorongo* (1) las brillantes dagas, se echaron sobre el cochero, obligándole á detener el carruaje.

Luz que marchaba dentro en compañía de sus padres y de Rafael, dejó escapar un grito de terror.

Los enmascarados se dirijieron por ambos lados á las dos portezuelas del carruaje, vibrando sus puñales y ordenando á los que iban dentro á que salieran.

En el mismo instante sonaron dos tiros disparados sobre ellos por el hombre que estaba oculto.

A la detonacion de las armas se sorprendieron sobre manera: se acordaron de que habian sido desarmados durante su conversacion, y creyendo que lo habian sido por alguna fuerza que les habia ido siguiendo los pasos, y que les rodeaba, huyeron precipitadamente, temiendo caer en poder de la justicia. Casi en el mismo momento que los enmascarados huian por entre las som-

(1) Lo que en España se llama manta.

bras del resbaladizo campo que parecia una inmensa laguna, se presentaron en el lugar de la escena el padre Enrique y Pablo que se dirijian á caballo á la hacienda de C....

—¿Qué ha sucedido?

Preguntó el primero al ver detenido el coche, y asustadas á las señoras que dentro de él iban.

—Que hemos sido asaltados por unos malhechores.

Contestó el cochero.

—¿Y ha habido alguna desgracia?

—Ninguna, porque han huído en el instante.

—Pues ¿esos tiros que hemos oido?

—Han salido de las ruinas de esa choza que está ahí cerca.

Rafael que, al escuchar el *alto* de los enmascarados habia echado mano á sus pistolas para defenderse, bajaba del coche, mientras Pablo, sacando la espada, se lanzó á caballo al sitio de las ruinas.

El hombre que habia sido causa de que no se verificase el rapto de Luz por Wil-

ley, queriendo evitar ser descubierto, se deslizó por entre la maleza y los escombros, y poco despues echó á correr á toda prisa.

Pablo, al verle huir, creyéndole uno de los culpables, marchó en su alcance.

Rafael, que tambien se habia dirigido á las ruinas, disparó sus pistolas sobre el prófugo, que cayó al suelo exhalando un grito.

El padre Enrique, al escuchar la exclamacion que siguió al disparo, corrió al sitio de la escena: bajó prontamente del caballo como lo habia hecho ya Pablo; se inclinó sobre el hombre que estaba caido y cubierto de sangre, que le manaba de una profunda herida recibida en la cabeza; fijó en él sus ojos al mismo tiempo que clavaba los suyos en el padre el herido, y exclamó sorprendido y con profundo dolor.

—¡Ernesto!....

—¡Padre!....

Pronunció casi á la vez, pero con débil y desfallecida voz el hombre por quien no se cometió el proyectado raptó.

El padre Enrique, afligido al verle en aquel estado, y creyendo que el deseo de adquirir dinero para jugar le habia impellido á intentar un robo en union de los malhechores que habian huido, le dijo con cariñoso acento y restañando con su pañuelo la sangre que brotaba de su herida.

—¡Qué ha hecho vd., D. Ernesto...! ¡Ah! vea vd. las consecuencias de la pasion fatal al juego....! ¡Vd., hijo de una familia honrada, rica y virtuosa, iba vd. á echar sobre ella una mancha indeleble, cometiendo un robo!....

El herido, al mirar que le tomaban por un infame, y que equivocaban su accion generosa con la de los bandidos, miró con melancólicos ojos al sacerdote; se dispuso á hablar para sincerarse de aquella creencia que le hacia aparecer como un malvado á la faz del mundo; hizo un esfuerzo intentando conseguirlo; pero la sangre que salia de su herida, le quitó las fuerzas, y sus palabras fueron á espirar en sus blancos y secos labios sin que pudiesen ser oidas.

El desventurado, al ver su impotencia

para deshacer un error que le ofendia, pero que estaba apoyado en palpitantes y fuertes apariencias que le condenaban, sintió oprimido su corazon, y envió al sacerdote una mirada suplicatoria en que trataba de revelarle su inocencia.

Pero era imposible el leer en aquella mirada otra cosa que una súplica de piedad.

El padre Enrique veia en ella el arrepentimiento del hombre descarriado, pero era imposible que leyese la accion hidalga de que era víctima....

Ernesto, notando que no era comprendido, y que no le era dable vindicarse con las personas que tanto respetaba, quedó agoviado con el peso de un profundo dolor; sintió que las fuerzas le abandonaban; que su aliento era frio y trabajoso, y creyendo llegado el último instante de su vida, y que de ella se separaba sin poder destruir el error de las personas que le rodeaban, volvió á mirar al padre Enrique con profunda tristeza, le apretó la mano entre las suyas heladas, y sus ojos se cubrieron de lágrimas, que rodaron por su pálido semblante.

El padre Enrique, alarmado, porque temió que espirase sin confesion, se inclinó sobre él cuanto le fué posible, le cubrió con el manteo de la fuerte lluvia, que aun caia, y le suplicó que le confesase sus culpas.

El herido, que tenia fijos en el sacerdote sus ojos humedecidos por el llanto, le volvió á apretar la mano entre las suyas, frias como el hielo: hizo un nuevo esfuerzo para hablar; pero sus pálidos labios solo dejaron escapar un ¡ay! dasgarrador que fué á confundirse con el trueno que retumbaba por la solitaria y oscura campiña.

El ministro del Señor, alarmado con aquel grito, levantó el embozo del manteo con que cubria al jóven para ver á la luz de los relámpagos lo que le habia sucedido, y vió que sus ojos se hallaban cerrados y yerto su cuerpo.

—¡Pablo!—Dijo sobresaltado el padre Enrique—ayúdame á llevar á este desgraciado hasta el coche.

—¿Ha muerto?

Preguntó acercándose el indio que se habia retirado unos cuantos pasos para no oír

las palabras que el herido dirigiera al sacerdote.

—¡Dios tenga piedad de él!

Contestó el padre.

Y el fiel indio, acompañado de Rafael, que también se había acercado, condujeron al desventurado Ernesto al carruaje que poco después rodaba con dirección á la hacienda de C....

CAPITULO XIX.

La víspera de casarse.

Estamos en una pequeña, pero elegante sala. Ricos sofás de damasco de seda azul con flores blancas, y preciosas sillas de exquisita hechura, forradas de lo mismo, adornan los cuatro lados de ella. Un piano de cola de bruñida madera de rosa, de un teclado igual y terso, ocupa el centro de la pieza: una brillante araña de cristal de doce lucés, cuelga de un cielo raso, pintado con delicado gusto y maestría; graciosas rinconeras, con elegantes floreros, ocupan los cuatro ángulos; costosas cortinas de seda carmesí velan las puertas vidrieras y los balcones: un magnífico reloj de bronce dorado, con una estatua que representa á Vé-